

ORANDO CON LA PALABRA

(30º Domingo. Tiempo ordinario)

“ Dijo Jesús esta parábola a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos, y despreciaban a los demás: “Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era un fariseo, el otro un publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: “¡ Oh Dios ¡, te doy gracias, porque no soy como los demás; ladrones, injustos, adúlteros, ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”. El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sólo se golpeaba el pecho diciendo :” ¡Oh Dios! , ten compasión de este pecador”. Os digo que este bajó a su casa justificado y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla, será enaltecido”

(Lc. 18,9,14)

Jesús vuelve, con sus parábolas, a mostrarnos de forma sencilla y expresiva cuáles son las actitudes que desea para sus seguidores. Con la parábola del “fariseo y el publicano“, la Palabra nos presenta dos formas diferentes de relacionarse con Dios, dos posturas que expresan actitudes muy distintas de vivir la fe y la oración y que, a veces, se entremezclan en nuestra propia forma de vivir.

El fariseo, seguro de sí mismo y de sus principios, alardea de su fidelidad en el cumplimiento de la ley. Ha subido al templo con postura erguida del que se considera fuerte y virtuoso, ha subido a mostrar sus méritos más que a encontrarse con su Dios.

El publicano, que se sabe y se reconoce pecador, se acerca humildemente, confiando en la Misericordia de Dios. Su oración, breve y sencilla: “¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!” está mostrando actitudes básicas del creyente: humildad, autenticidad y confianza.

¡Cuántas veces nuestros gestos personales y colectivos, no tiene el rostro del publicano humilde que muestra su confianza en el único que puede salvar !,
¡Cuántas, quizás demasiadas veces, mostramos la autosuficiencia del que se considera fuerte, mejor que los demás y mantiene una postura despreciativa hacia los que considera menos dignos!.

Que reconozcamos humildemente cuales son nuestras actitudes y dejemos que la Palabra entre, actúe y nos transforme.

ORACIÓN

Hoy, Señor,
con el fariseo y el publicano,

subo al templo.
Quisiera,
que en silencio
y junto a ti,
tu Palabra
iluminara mi mente
y mi corazón,
para reconocer
sentimientos y actitudes,
lo que me caracteriza
y me da autenticidad,
lo que necesitaría cambiar
para llegar a ser
lo que tú esperas de mi.

¡Cuántas veces, Señor!
me acerco al templo,
a mis hermanos, a la vida,
con la postura autosuficiente
del fariseo,
segura de mis criterios,
prepotente en las tareas y servicios,
tranquilizando
mi conciencia,
con el cumplimiento rutinario
de ritos y normas.,
juzgando a los demás,
desde mi propia parcialidad
o mi mirada turbia.

Haz, Señor,
que ante tu luz y tu Palabra,
reconozca los sentimientos
y actitudes
que necesito modificar.
Dame un corazón
sencillo y humilde
como el del publicano,
que no se apunta logros ni méritos
sino que se inclina
desde su pobreza,
confiando en tu Misericordia.

Que me acerque a Ti,
como soy,
a corazón abierto.
Sabiéndome
radicalmente necesitada de Ti.
Confiando
en que en Ti
está la luz
que ilumina mis sombras,
está la fuerza
que me impulsa a cambiar,
a seguir en pie, a caminar.
En Ti está la paz,
que serena
inquietudes y temores,
está la Misericordia
que acoge, perdona y salva.

Haz, Señor,
que los que creemos en Ti,
los que compartimos tu pan y tu palabra
en Iglesia,
vivamos y mostremos
el rostro humilde y sencillo
de tus seguidores.

Que en nuestra Iglesia,
en nuestros grupos,
no sea lo importante
mantener una postura firme,
prepotente, inflexible,
que se erija en juez
de conductas y modelos de vida.
Sino que como Tú,
sea una Iglesia cercana,
sencilla, humilde,
que, en actitud de servicio,
se abra a todos los que la necesitan,
que sea presencia,
cauce y regalo
de tu Misericordia.
Amén.

(Hna. Oyonarte)

